

ENSAYOS

RUSIA, SIEMPRE RUSIA.

(A propósito del libro *Rusia en 1931*, de César Vallejo).

Ningún interés despertaría la aparición de un nuevo libro sobre Rusia, dada la profusión mercantil con que se publican, si él no fuese la obra del escritor peruano César Vallejo, cuyo nombre por sí solo es una garantía de seriedad y de comprensión de la experiencia rusa. Vallejo, poeta vanguardista con sus libros «Los heraldos negros» y «Trilce», novelista recio en su obra «El tungsteno» en la cual palpita su eterna inquietud por los problemas sociales en una aspiración de que una efectiva justicia humana clareó en el porvenir, expulsado por los gobiernos de su patria y de Francia por estimar peligrosas sus ideas político-sociales, preséntase ahora en su nuevo libro «Rusia en 1931» (1) como un sociólogo de avanzada, dándonos «la imagen del proceso soviético interpretada objetiva y racionalmente».

«Reflexiones al pie del Kremlin» subtitula Vallejo su libro, y por ello ya sabemos que se trata de un libro de viaje, despertando en nosotros la desconfianza de que un nuevo Paul Morand nos seduzca con imágenes fugaces y superficiales. Pero desde las primeras páginas Vallejo se adelanta a desva-

necernos tal prejuicio, pues nos encontramos con un escritor que va a Rusia premunido de un rico acervo de marxismo, que no irá a la tierra de Lenin a recoger impresiones objetivas, para después interpretarlas arbitraria y sentimentalmente como Panait Istrati. No llega Vallejo a Rusia como turista ni invitado oficialmente por el Soviet; va únicamente como ideólogo que desea extraer enseñanzas y poner—sin desearlo en apariencia—de relieve los dos sistemas de gobierno alrededor de los cuales se polariza actualmente la simpatía de los hombres; el capitalista y el soviético; inclinándose nuestro autor por este último. Por eso, lógicamente, sus observaciones tienen que resentirse de interesadas; pero como se preocupa de presentarnos hechos, nosotros, mal que pese a nuestra mentalidad burguesa, tenemos que reconocer lo mucho que ha caminado Rusia desde el feudalismo medieval en que se hallaba sumida en el régimen zarista hasta el vapuleado soviétismo de hoy día. Además, presenta los problemas artísticos y cinematográficos que, con tal novedad e interés, no obstante su marxismo, nuevas revelaciones superiores a la de los países capitalistas, tenemos que aceptar, en lo que a dichos problemas se refiere.

No encontramos en esta obra ninguno de esos detalles gráficos que los viajeros acotan en su libro de observaciones: que el tren marcha lento, que en la aduana no atienden bien, que los grandes pala-

(1) Ediciones Ulises.—Madrid.

cios están en ruinas, etc., etc., Vallejo penetra en la esencia de las cosas y todo lo ve en función del régimen soviético. Este libro no nos presentará un aspecto panorámico y visual del pueblo ruso, sino que nos dará los basamentos en que descansa la organización soviética. Así por ejemplo, al referirse a la edificación que, por su novedad, posee un estilo propio, soviético, según Vallejo.

Sobriedad de concepción, líneas simples, ángulos rectos, material sólido, ingeniería despreocupada del absorbente mito monumental y decorativo de la arquitectura de occidente.

A fin de formarse un juicio exacto y veraz de la forma cómo el propio obrero ruso aprecia la nueva sociedad en gestación, acude a menudo Vallejo a hacer entrevistas; va a las fábricas, a los sindicatos, a los centros culturales e interroga a cualquier obrero, reproduciéndonos, al parecer, fielmente los diálogos que con ellos tiene y en los cuales se puede advertir que hay en el interrogador el deseo de objetar; pero es la dialéctica marxista por boca del obrero quien a la postre vence en su argumentación. ¿No será el propio Vallejo quien argumenta por boca del obrero ruso?

Como se ha dicho, reiteradamente,—y esto no lo comprende quien no penetre en la complejidad social e histórica que significa el desarraigo de una organización de andamiaje tan férreo como la capitalista—en Rusia no hay igual-

dad económica: existen proletarios, *nepmans*, o sea pequeños comerciantes y burgueses, que son en su mayoría los técnicos, generalmente extranjeros. El Estado soviético reacciona frente a esta desigualdad económica como corresponde a su espíritu comunista: para el *nepman* y para el burgués la vida es muy cara, debido a los fuertes impuestos que pesan sobre los artículos que sólo ellos consumen y por no aceptar el sistema de cooperativas. (Los turistas también pagan cara su curiosidad). En cambio, para el proletariado el coste de vida es muy bajo. Según *El Economist* de Londres, en *el standard of life* obrero en los principales países industriales del mundo, en 1930, el salario real más equilibrado corresponde al trabajador soviético. Advirtiéndole Vallejo a uno de sus entrevistados la manifiesta desigualdad que hay en el coste de vida, respondióle éste diciéndole:

que precisamente para eso está el Soviet, para servir al campesino y al proletariado por sobre las demás clases sociales; el régimen es un régimen de excepciones y privilegios de las clases trabajadoras sobre las demás clases; a la inversa de lo que sucede en los países capitalistas, donde es el burgués quien goza de privilegios.

Ahora bien, cabe preguntarse, ¿cuál de los dos regímenes se acerca más al ideal de justicia social, el del proletariado que labora silenciosamente la riqueza que pasa a la colectividad, o el del capitalista en que son muy pocos los que disfru-

tan de la riqueza y que generalmente ni han contribuido a amarla?

Otro tanto puede decirse en el aspecto político, a pesar de que en Rusia existe el sufragio universal, con las siguientes excepciones: sacerdotes, comerciantes, propietarios que pudiendo trabajar no lo hacen, empleando mercenarios (estos propietarios forman en el campo el grupo de los *kulaks*) y cierto número de antiguos oficiales y funcionarios que son sospechosos. Seguramente tales restricciones hieren nuestros sentimientos democráticos. ¿Por qué estos grupos son rechazados de la comunidad cívica?

Porque sus miembros—afirma Pierre Dominique—están en oposición de principio con las leyes fundamentales del Estado. En Francia sentamos que la propiedad es legítima y todas nuestras leyes están orientadas a la propiedad. Así encarcelamos, y, llegado el caso, privamos de sus derechos cívicos a quien la niega. De igual modo se procede allí, sólo a quien se priva de sus derechos cívicos es al sacerdote, porque el Estado es laico y se basa en una filosofía materialista. Al rentista, al patrono y al comerciante, porque su sola existencia mina los fundamentos materiales del Estado, como, por añadidura, la sola existencia del sacerdote mina sus fundamentos espirituales y el antiguo funcionario o el antiguo oficial, porque son una amenaza constante (en el fondo, es el caso de nuestros pretendientes a la corona) para las instituciones.

De esta defensa de la propia existencia del Estado soviético ha nacido la idea de la implacable e

inhumana tiranía rusa. ¿Debemos extrañarnos de que un gobierno defienda su existencia, cuando sabe que la inmensa mayoría de individuos está con él y sólo una minoría refractaria al nuevo orden de cosas quiere destruir esa organización que beneficia a las mayorías? Por lo demás, como lo dice Dominique, en los países más liberales se procede en una forma más o menos idéntica. Así, por ejemplo, en la España republicana se ha dictado una ley de defensa de la República. En Chile, después del 26 de Julio de 1931—fecha grata porque cayó un dictador ignorante que sólo benefició a sus secuaces—se ha querido dictar una ley que prohíba la venta de libros, folletos, etc., etc., que propaguen ideas contrarias a la actual organización de la sociedad. Y de la propia Francia, cuna de la libertad, igualdad y fraternidad, se expulsó al autor de este libro, cuyas acotaciones marginales hacemos, por estimar que sus ideas iban en contra de la organización social allí existente. En Rusia existe una tiranía; los rusos no la niegan, pero no es una tiranía para el proletariado, sino del proletariado para la defensa de sus intereses. La filosofía política del Soviet no acepta el concepto ya romántico de la libertad individual que en los países capitalistas mantiene en la miseria a un sector inmenso del conglomerado humano. La vida del pueblo ruso está regida por este principio de verdad inconcusa:

la libertad individual acaba donde empieza el interés social.

Se ha dicho profusamente que en Rusia existe un especie de trabajo forzado, en virtud del cual el obrero trabaja inhumanamente compelido por el látigo de la autoridad soviética. Si fuese efectivo tal aserto, sólo podríamos explicárnoslo ahondando en la psicología del pueblo ruso, cuya indolencia e inclinación a los vicios han sido sus características raciales. Además, la Rusia zarista era un país exclusivamente agrario, y su industria y comercio eran de importación. Lenin comprendió que si Rusia no se hacía industrial tendría que estar siempre a merced de sus enemigos capitalistas, porque serían ellos quienes la aprovisionarían de las máquinas indispensables para su desarrollo agrícola, viviendo, en consecuencia, en un permanente estado de tutelaje industrial. Por eso concibió el Plan Quinquenal que bajo la férrea voluntad de Stalin se está realizando con la expectación admirada y recelosa de Estados Unidos y del resto del mundo capitalista. Tal tren de actividad ha exigido del pueblo ruso un esfuerzo superior al de su propia naturaleza, esfuerzo que el Estado, como único empresario, controla y vigila atentamente, porque del fracaso o éxito del Plan Quinquenal depende su existencia. Mal que pese, el pueblo ha respondido a esta exigencia, acaso más por la fuerza de los hechos, ya que él necesita del trabajo para ganarse su sustento, que por impulso espontáneo de su voluntad; y por eso conceptuamos de lírico

el elogio que al respecto hace Vallejo cuando dice

que los obreros rusos ponen en su trabajo una abnegación que conmueve y una esperanza exultante.

Hay, pues, exageración interesada cuando se habla del trabajo forzado de que padece el pueblo ruso. La verdad es que existe en Rusia el trabajo obligatorio. Quien no trabaja no come es el principio soviético que ha indignado al rentista burgués de vida sedentaria que ejerce gozoso

el derecho a la pereza.

Y también respecto a la forma cómo se practica el amor en la U. R. S. S. se ha tejido una leyenda sombría y horripilante. En verdad, existe en Rusia el amor libre autorizado por la ley, y el matrimonio legalmente constituido, pudiendo los cónyuges divorciarse con la simple declaración de uno de ellos y sin alegar razones que lo justifiquen. El amor libre existe de hecho en todos los países civilizados y el divorcio en la mayoría de ellos, de suerte que lo único que hizo el Estado soviético fué sancionar mediante la ley una práctica inveterada y desarraigable, porque se basa en la propia naturaleza humana: la simple unión o matrimonio legal desaparece cuando muere el amor que lo generó. Así el matrimonio o unión nace de una real fuerza animadora y no se prolonga falsamente cuando esa fuerza se extingue

El interés social prima en Rusia sobre cualquier otro interés y de este concepto nace una nueva organización de la familia. Ya no es el hogar el centro familiar; y no son las actividades domésticas las que absorben las preocupaciones matrimoniales o de la unión (respecto a los hijos, el Estado corre con su alimentación y educación). Es la fábrica, la actividad social, el interés de la colectividad lo que atrae y retiene al hombre y a la mujer.

La nostalgia de la máquina—ha dicho Gladkov—es más fuerte que la nostalgia del amor.

La inquietud de creación mecánica y social en que vive el pueblo ruso, no ha impedido que él se preocupe atentamente de los problemas científicos y artísticos. Respecto al primero, baste citar el Instituto Central del Trabajo de Moscou, cuyos fines son

el desarrollo científico de la técnica electro-mecánica y la preparación de los obreros para la aplicación y ejercicio de la técnica en el trabajo práctico.

En este Instituto se preocupa actualmente el Dr. Golberg, de renombre mundial como biólogo y químico, de suprimir científicamente la fatiga de los hombres. Lo cual prueba que Rusia no sólo en los problemas sociales marcha a la vanguardia de los países civilizados. Respecto a la creación artística, en Rusia se hace arte, pero un arte nuevo, soviético, del cual aun no se puede dar un juicio definitivo, porque está en su perío-

do de desarrollo, no habiéndose producido todavía la obra genial, definitiva. He aquí cuáles serían los principios fundamentales de esta nueva estética:

Guerra a la metafísica y a la psicología. Sólo las disciplinas sociológicas determinan el alcance y las formas esenciales del arte. La inteligencia trabaja y debe trabajar siempre bajo el control de la razón. Nada de suprarrealismo, sistema decadente y abiertamente opuesto a la vanguardia intelectual soviética. Nada de freudismo ni de bergsonismo. Nada de complejo, líbido, ni intuición ni sueño. El método de creación artística es y debe ser consciente, realista, experimental, científico.

Como vemos, es un arte marxista el que reclama el Soviet con fines exclusivamente sociales; desaparece, por tanto, el arte como mero creador de bellezas con la finalidad de conmover mediante el goce estético. No nos pronunciaremos acerca de la superioridad o inferioridad de este nuevo arte en relación con el viejo arte clásico de occidente. No obstante, tales innovaciones podrían remozar nuestra vida literaria que vive, en el mejor de los casos, en un proustianismo criollo, en un trasnochado realismo o en un imaginismo pedestre, no faltando el ironizante renaniano, sutil, exquisito... Ya se ha dicho por opiniones autorizadas que las grandes inquietudes contemporáneas están ausentes de las obras de nuestros escritores.

Esta estética soviética hace que el escritor ruso lleve un género de vida muy distinto a la de los pro-

fesionales de las letras tan frecuentes en nuestros países.

El escritor revolucionario— escribe Vallejo—tiene conciencia de que él, más que ninguno otro individuo pertenece a la colectividad y no puede confinarse a ninguna torre de marfil. Ha muerto en Rusia el escritor de bufete y de levita, libresco y de monóculo, que se sienta día a noche ante un montón de volúmenes y cuartillas, ignorando la vida en carne y hueso de la calle. Ha muerto, asimismo, el escritor bohemio, soñador, ignorante, perezoso.

Ahora comprendemos por qué hay escritores que firman manifiestos de ligas anti-comunistas.

También en el teatro y en el cinematógrafo se está operando un cambio radical, especialmente en este último, que no acepta el cine de alcoba que nos viene de Hollywood.

Al referirnos a los problemas espirituales, no podemos dejar de aludir a la educación soviética; ella, como todas las actividades rusas, se encuentra dentro del marxismo; y en el niño de Octubre, que así se denomina en Rusia la infancia venida después de 1917, cifra el Soviet todo el porvenir socialista.

El niño de Octubre—escribe Vallejo—es más que la esperanza y la fe en el porvenir socialista del mundo, el imperativo de realizar y consolidar este porvenir. Esto último explica el contenido de la educación soviética, cuyos dos polos cardinales están constituídos, de una parte, por la ética revolucionaria, y de otra, por la preparación práctica y científica para crear la nueva humanidad. El Soviet quiere hacer del niño un

esforzado, un luchador, un héroe y, al propio tiempo, un constructor, un técnico.

Así concebida la realidad educacional soviética, fácil es comprender el fuerte impulso que ella ha recibido, tanto la primaria como la universitaria.

De la rápida visión que hemos hecho de la Rusia soviética a través de las páginas del libro de César Vallejo, se confirma en nosotros la idea de que una nueva civilización apunta, como en los primeros días de la Historia, del lado de Oriente. La Europa gemebunda y agostada apenas si débiles mensajes nos envía de su desesperación por sobrevivir al crepúsculo en que yace. Es ahora el momento de que la América del Sur donde también se siente el fracaso del capitalismo tradicional, vibre consciente de sus altos destinos históricos, y mire atenta e inteligente esa nueva civilización que surge de Rusia, no con el espíritu servil de imitarla, sino por el ejemplo que nos da al crearse una nueva filosofía política: el sovietismo, que aunque basada en las ideas socialistas de Marx, se ha adaptado y moldeado a la idiosincrasia del pueblo ruso. Así nosotros, clavemos hondo la mirada en nuestra realidad y creamos, de acuerdo con ella, una nueva estructuración política, donde sean los menos los que padezcan en un deseo unánime de felicidad.

Y es de la tierra de Mariátegui de donde nos llega una vez más esta palabra justa, encendida de clari-

videncia y de humanidad.—*Milton Rossel A.*

CUATRO COMENTARIOS A LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA, por *Gregorio Marañón.*

1.—La Monarquía ha muerto de enquistamiento.—2. Las dos y cinco de la tarde: 14 de Abril de 1931.—3. Una lección severa al «señorito», plaga de nuestra sociedad.—4. La flecha de 1898 se ha clavado en el blanco de la libertad.

La Central de Ediciones y Publicaciones de Madrid, ha iniciado con este opúsculo de Documentos Políticos del Dr. Marañón, una serie de libros fundamentales, tales como «La Génesis del Capital», por Marx; «Cómo se realiza el socialismo», por Deslinieres; «El Leninismo teórico y práctico», por Stalin; «Imperialismo y Anti-imperialismo», (con unas cartas inéditas del General Sandino), por Falcón; «La decadencia del capitalismo» por Varga; «Terror Rojo y Terror Blanco», por Krilenko; «Ocho años de poder soviético», por Trotsky; «La Iglesia y el Estado», tres ejemplos de separación, por P. G. la Chesnais, y «Jornadas de Octubre», por Naumov.

Estas ediciones, de precio bajísimo empiezan a circular en el mercado librero americano con éxito evidente, contrarrestando con su difusión popular el precio alzado de la literatura, inalcanzable muchas veces, para el presupuesto modesto de obreros y estudiosos. La Central de Ediciones ha tenido un acierto al escoger cuatro estudios

de Marañón para iniciar esta campaña difusora.

Aunque los cuatro artículos eran conocidos y han aparecido insertos en la mayoría de los diarios americanos, su publicación en este folleto, realiza una vez más la sobria y ejemplar obra analítica del maestro hispano, que ha sido el escalpelista paciente del cáncer ibérico y el afortunado controversista de todo espíritu reaccionario. Para los chilenos la obra de Marañón tiene un significado singular y de proporciones valiosas, por cuanto las causas y efectos políticos del último tiempo nos han sido comunes.

Copiada la dictadura de Primo de Rivera, asimilada su marcha conculcadora, verificado su crecimiento falso en el concepto público, también llegamos a la derrota de ese régimen por fuerzas espirituales de irresistible verdad.

Por esa circunstancia, cada palabra de Marañón es un veredicto sobre nuestros propios errores y para probarlo, bastaría sólo comentar marginalmente uno de los cuatro artículos que completan su opúsculo:

una lección severa al «señorito», plaga de nuestra sociedad.

Dice Marañón:

Así se fué constituyendo una formidable masa social, en realidad sin una ideología única, pues caben en ella las tendencias socialistas, los intelectualismos avanzados, el criterio conservador y *la más perfecta indiferencia.* Este gran volúmen de ciudadanos estaba, por lo demás, al margen de